

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTOS.—Luisa de Lorena (conclusion), por X.—Infelices, por D. G. Rosselló.—El Abencerraje, novela histórica española, escrita por D. A. de Villegas (conclusion.)—Epigramas, por Me-fistófeles.—Cuadrado de palabras.—Solucion.

GRABADOS.—Recuerdos de una excursion al Convento de Jesus, apuntes por D. L. Mestre.

LUISA DE LORENA.

(CONCLUSION.)



UNA tarde que volvía cansada de esta correría, y se disponía para acostarse, aunque todavía era temprano; entra en su cuarto Catalina de Lorena, diciendo en tono irónico:

—¿Así tratáis, señorita, de recogeros á estas horas, y sustraeros de la admiración que os espera? ¿No sois el astro de la corte de Lorena? ¿Y podemos recibir un rey en ella sin presentarle lo que tenemos de mas bello?

—Dispensad, mas no os entiendo, señora, dijo Luisa.

—¿Qué, no acertáis que el jóven rey, que debe pasar por aqui para ir á hacerse conocer en Varsovia, ha llegado; que debe partir mañana, y que el duque Carlos quiere aprovechar esta noche para festejarle y presentarle lo que hay de mas notable en su corte?

—Bajo ese título me parece, señora, que yo podré dispensarme...

—No, no, respondió la condesa, vuestro padre os manda que os vistais al punto y me sigais á palacio.

Era preciso obedecer esta orden imperiosa.

Luisa pasó á su gabinete de tocador, y volvió muy pronto vestida con un traje de corte sencillo, pero elegante, que daba realce á su talle noble y airoso. Sin adorno estaba encantadora; adornada sorprendía y llamaba todas las miradas. Así que el duque de Aviñon la vió, se quedó mudo de admiracion por algunos instantes; ninguna de las jóvenes bellezas que gustaba á Catalina de Médicis tener á su alrededor, habian dado á su hijo la idea de una cara tan encantadora, de un todo tan perfecto. Demasiado conmovido para atreverse á dirigirla la palabra, despues de haberla saludado, fué Enrique á colocarse al lado de su hermana la duquesa Claudia, y la abrumó á preguntas sobre su hermosa prima. La duquesa respondió que Luisa era tan buena como hermosa, y citó como prueba de su amabilidad su constante resignacion en soportar los malos procedimientos de su madrastra. Enrique soltó algunas palabras de enojo contra el demonio encarnizado contra aquel ángel, y manifestó una severa frialdad para con el conde de Vaudemont y su muger.

El itinerario del viage de un rey siempre es fijo: un dia de retraso ó la mas leve alteracion es destruir el orden y esponerse á inconvenientes sin número. A pesar de las representaciones de sus cortesanos, Enrique quiso estar todavía un dia en Nancy. Era, segun decia, para tener algunos momentos mas al lado de su hermana; y además, ¡siempre se siente tanto dejar la hermosa Francia, aunque sea para buscar una corona!...

La caza, el banquete y el baile ocuparon este segundo dia. Nunca el duque de Aviñon pareció mas amable: ¡tenia tanta gracia, tanta elegancia! ¡Sus facciones nobles y finas tomaban una expresion tan seductora cuando queria agradar! En fin, todos pensaron que era una gran desgracia que un príncipe tan agradable dejase la Francia

para ir á reinar en Polonia, y Luisa pensó como los demás.

La partida del duque de Aviñon la volvió á toda la tristeza de su situacion. Los celos de su madrastra fueron escitados por el brillante triunfo que la princesa acababa de obtener, é inventó nuevos ardides para hacerle daño en el ánimo del conde de Vaudemont. Injustamente tratada por su padre, perseguida por su madrastra, el valor de Luisa se habia apurado; pensaba retirarse á un claustro.

La muerte de Cárlos IX llamaba al trono de Francia al jóven rey de Polonia. Este acontecimiento regocijaba al pueblo y á los grandes, porque el recuerdo de las victorias de Jarnac y de Moncontour, ganadas á los diez y ocho años por Enrique, probaban su valor; su generosidad era conocida, ¡y en Francia se quiere tanto á un rey valiente y generoso! Luisa fué la sola que no se alegró de este acontecimiento. ¿Qué le importaba la elevacion de un príncipe que habia visto una sola vez, y que sin duda no se acordaba de ella? ¿Se atreveria á pedirle proteccion contra su enemiga? no: esta enemiga era la muger de su padre: ella debia respetarla y estarla sumisa.

Una mañana que dormia aún, fué despertada la princesa por el ruido de la puerta que se abrió de pronto. Entraba la condesa de Vaudemont. Luisa no duda que viene á reprenderla porque no ha asistido á la hora de levantarse aquella, de lo que se disculpa.

—Soy yo la obligada á concurrir á la hora que vos, señora, os levantaiis, la respondió la condesa, y la que debo escusarme de haber quizás faltado á lo que os debo... Sois reina de Francia. Vais á casaros con el rey: me apresuro á participaros la noticia. Mas vos habeis nacido buena y generosa, señora, olvidad los disgustos que yo he podido causaros: no reuseis vuestra proteccion á mis hijos, vuestros hermanos, y mediante ellos perdonad á su madre.

Lo princesa creyó estar soñando. La sorpresa la impidió contestar. ¡Ella, la hija de un hijo menor de la casa de Lorena, aspira á la alianza del rey mas poderoso de la Europa! Esto no podia ser mas que una ficcion para experimentar su orgullo. Iba, en fin, á abrir la boca para manifestar que no se hacia ilusion de este paso, cuando el duque de Lorena, su primo, y el conde de Vaudemont, su padre, vinieron á notificarte la peticion del rey, y prepararla á recibir los respetos que el marqués de Guart iba á entrar á ofrecerla en nombre de su augusto amo.

No era un sueño. Enrique III, seducido por la hermosura de la princesa Luisa, y mas todavía por los elogios merecidos que le hicieron de su noble carácter, la prefirió á los mas grandes partidos de la Europa.

Repuesta apenas de su admiracion, se preparó la princesa para recibir las personas de la córte de Lorena, admitidas por su rango á felicitarla: despues fué conducida á la misa como reina de Francia. En el momento de entrar en su capilla, volvió la vista á la condesa de Vaudemont, y la encontró llorando.

—Abrázame, dijo: en el trono se olvidan los amigos, segun dicen. Yo en él no quiero olvidar sino á mis enemigos.

A estas palabras la condesa de Vaudemont se arrodilló ante la que la perdonaba, y todo el pueblo gritó:

—¡Viva nuestra buena reina!

X.

INFELICES.

Llegó llorando á la mansion infame,
Los reparos vencidos del pudor,
Dado ya á su ángel bueno
El desolado adios.

Mudó de nombre para echar del alma
Recuerdos puros del primer amor,
De su cándida veste
El último giron.

A par que el de su crimen vergonzoso,
Su frente marca el sello del dolor,
Y en su garganta ahoga
La sollozante voz.

Mas, ay ¿porqué esa lágrima en sus ojos
Al vendido deporte hace traicion?
¡Pobre muger caída!
No la insulteis, por Dios!

¿Quién sabe los misterios del destino?
Cómo la garza resistió al azor?
En qué luchas y asedios
La triste sucumbió?

¿Quién sabe cuántos dias viera á solas
El escuálido rostro al hambre atroz,
Cuando del oro al brillo
Miseria se rindió?

¿Quién de esas desdichadas, en el mundo,
Agotadas las fuerzas del valor,
Por largo tiempo asidas
A la virtud no vió;

Con la negra miseria cara á cara,
Resistiendo á la impía tentacion;
Diamante en la firmeza,
Fango en el deshonor?

Mirad como al extremo de una rama
Pura refulje al resplandor del sol
La gota de rocío
Que el alba derramó.

El viento mece el árbol; ella asida
Siempre á la rama, lucha en su temblor.
Mientras pendiente, es perla,
Cieno des que cayó.

Mas existe en el cieno todavía
La gota pura del primer albor;
¿Quereis que el polvo deje
Que en lodo la trocó?

Que otra vez brille convertida en perla,
Tan tersa y pura como la hizo Dios?
Un rayo de sol basta;
Basta un rayo de amor.

GERÓNIMO ROSSELLÓ.

EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA.

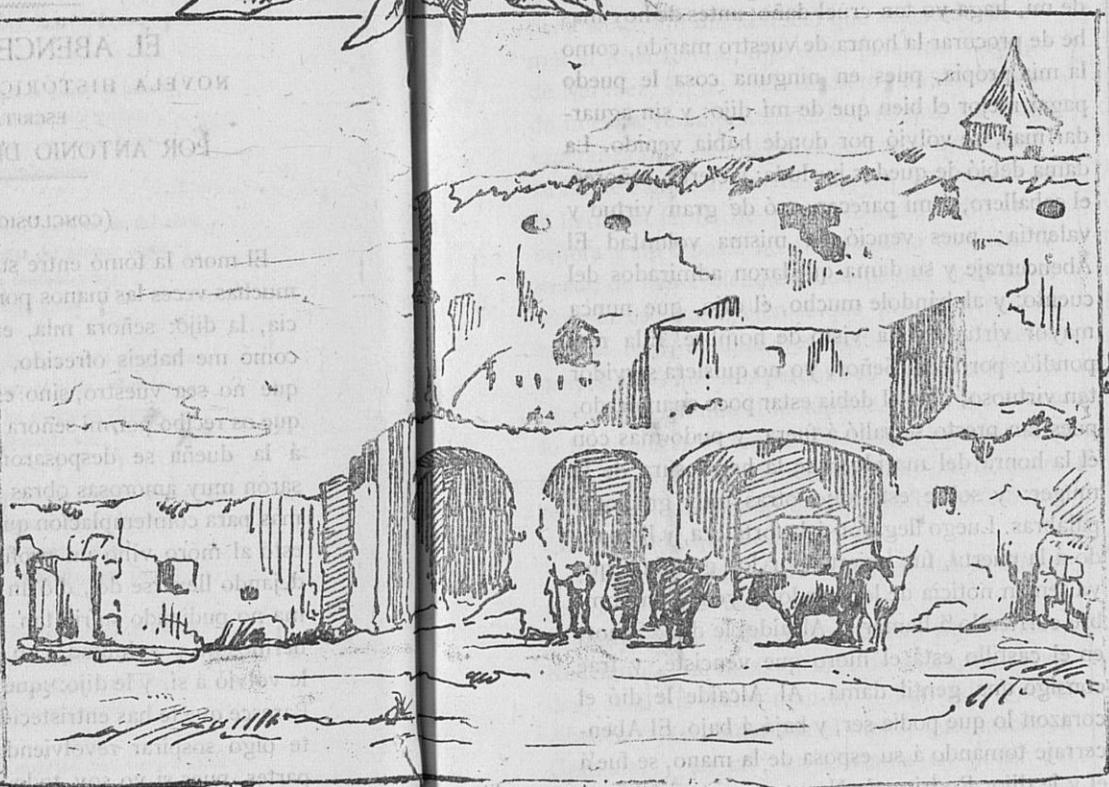
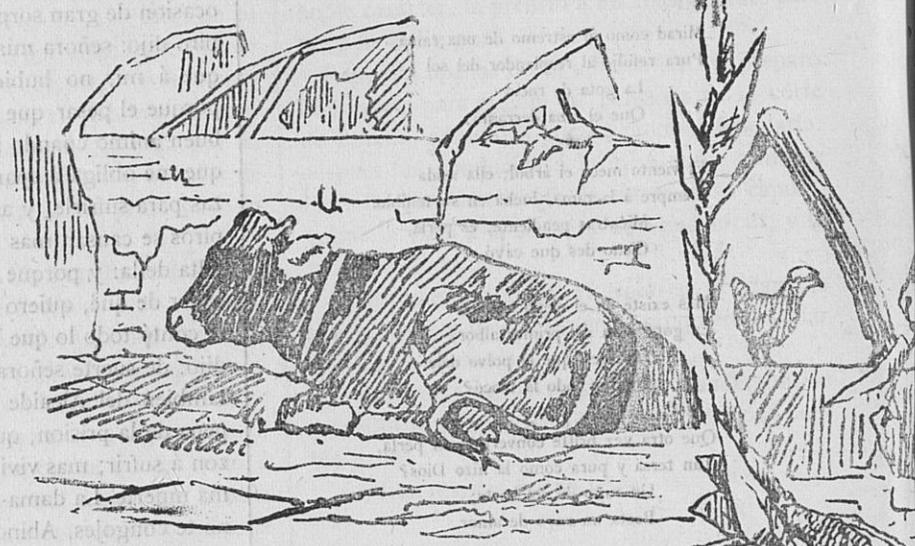
ESCRITA

POR ANTONIO DE VILLEGAS.

(CONCLUSION.)

El moro la tomó entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo: señora mia, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa; y llamando á la dueña se desposaron. En esta guisa pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplacion que para escritura. Trás esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél, dió un gran suspiro. La dama no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: ¿qué es esto Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo á todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decias ¿por quién sospiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas: y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo

no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré del. El Abencerraje corrido de lo que habia hecho, y paresciéndole que no declararse era ocasion de gran sorpresa, con un apasionado suspiro dijo: señora mia, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga á apartarme de vos no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della: y porque no esteis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: de suerte señora que vuestro cautivo lo es tambien del Alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazon á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte. La dama con buen semblante le dijo: no te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple mas; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es un buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se eontentará con esto, pues teniéndoo en su poder ha de hacer lo mismo. El Abencerraje la respondió: ¡bien parece, señora mia, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejeis bien! por cierto no caeré yo en tan gran yerro! porque si cuando venía á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me porné en las manos del Alcaide de ella, y trás hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: siempre vais, señora mia, acrecentándome las mercedes: hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo. Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro dia de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no



RECUERDOS DE UNA ESCUSION AL CONVENTO DE JESUS.

(Apuntes de D. L. Mestre.)

ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo: la dama le preguntó donde iba: él la dijo, voy á Alora á negocios que tengo con el Alcaide de ella, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví. Jarifa se holgó mucho de oír esto; pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que tambien la hallarian ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: decid, hermano, ¿sabeis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable? Muchas sé, dijo él, mas contaros hé una por donde entenderéis todas las demas. Este caballero fue primero Alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocia el valor de este caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso de él. Aconteció así, que un dia de verano acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenian dentro de casa; y él llevaba un gavilan en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acojer á una zarza; y el gavilan como astuto, tirando el cuerpo á fuera, metió la mano, y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: ¿qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilan encerró los pájaros y los mató? Pues hagoos saber, que cuando el Alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata. Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era?

Es el mas valiente y virtuoso caballero, que yo hasta hoy ví: y comenzó hablar del muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento y dijo: ¡Pues cómo, los hombres estan enamorados de este caballero, y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí! Por cierto ye estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho. Otro dia adelante se ofreció que el marido fue fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer; aunque no dió crédito á ello acordándose de la aspereza con que siempre le habia tratado; mas con todo eso á la hora concertada, muy á recaudo, fue á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que habia hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo habia sido requerida. Pensaba tambien en

la forma que descubre todas las cosas; temia la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas, y pasando por todos le rescibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin de ellas le dijo: Señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestra de aqui adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcais á mí: que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy. Trás esto le contó cuanto con su marido habia pasado, y al cabo le dijo: y cierto, Señor, vos debéis á mi marido mas que él á vos. Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien de él decia tantos bienes; y apartándose á fuera, dijo; por cierto, Señora, yo os quiero mucho, y os querré de aqui adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo: y sin aguardar mas, se volvió por donde habia venido. La dama debió de quedar burluda: y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía; pues venció su misma voluntad El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud habia visto de hombre. Ella respondió: por Dios, Señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debia estar poco enamorado, pues tan presto se salió á fuera; y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la muger: y sobre esto dijo otras muy gratias palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fue abierta por los guardas, que ya tenian noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al Alcaide, le dijo: Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. Al Alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó á bajo. El Abencerraje tomando á su esposa de la mano, se fue á él y le dijo: Rodrigo de Narvaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos: véis aqui mi señora: juzga si he padescido con justa causa; rescibenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de

tí. Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: yo no sé cual de vosotros debe mas al otro: mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra casa, y tenedla de aqui adelante por tal, pues lo es su dueño. Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado; y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el Alcaide preguntó al Abencerraje: ¿Señor, qué tal venis de las heridas? Parésceme, Señor, que con el camino los traigo enconadas, y con algun dolor. La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: ¿qué es esto, Señor? ¿heridas teneis vos de que yo no sepa? Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras: verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas; y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño. Bien será, dijo el Alcaide, que os acosteis, y verná un zirujano que hay en el castillo. Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con unguento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano. Un dia acaesció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: Rodrigo de Narvaez, segun eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demas: yo tengo esperanza que este negocio que está tan dañado se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien, te hube dicho es mi señora y mi esposa: no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavía se teme de este caso: bien sé que por tu virtud te ama el Rey, aunque eres cristiano; suplicote alcançes de él que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino. El Alcaide les dijo: consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel, escribió una carta al Rey, que decia así:

Carta de Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, para el Rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso Rey de Granada. Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: Que el Abencerraje Abindarraez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del Alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija: despues tú por hacer merced al Alcaide, le pasaste á Coin; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y

en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente le gané por mi prisionero: y contándome su caso, apiadándome de él le hice libre por dos dias. El se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prision se vino con él; y así estan agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuracion que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico á tu Real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente: solo harás tú que el padre della los perdone y resciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás lo que de ella siempre esperé.»

Escripita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el Rey, se la dió: el cual sabiendo cuya era se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al Alcaide de Coin, que alli estaba, y llamándole aparte le dijo: lee esta carta que es del Alcaide de Alora: y leyéndola rescibió grande alteracion. El Rey le dijo: no te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el Alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves á tu casa, que en pago de este servicio, á ellos y á ti haré siempre merced. El moro lo sintió en el alma: mas viendo que no podia pasar el mandato del Rey, volvió de buen continente y dijo: que así lo haria como su Alteza lo mandaba: y luego se partió á Alora donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado, y fue de todos rescibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su hija perescieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. El los rescibió muy bien, y les dijo: no se trate aqui de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demas, vos hija escogistes mejor marido que yo os pudiera dar. El Alcaide todos aquellos dias les hacia muchas fiestas; y una noche acabando de cenar en un jardin, les dijo: yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento; y así digo, que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros, quiero por rescate de la prision. De hoy mas, vos señor Abindarraez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes.

Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el Alcaide parte del camino. Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado, el padre les dijo: hijos, agora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe, por la buena obra que os hizo: que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le mercesce muy mayor: yo os quiero dar seis mil doblas zahenes, enviádselas, y tenedle de aqui adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarraez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al Alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje, Abindarraez, al Alcaide de Alora.

«Si piensas Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio, me dejaste libre te engañaste; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazon. Las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones: y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien á los que podrias destruir, yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de alta sangre de los Abencerrajes, antes cojer y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo: rescibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envia, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo de ella.»

El Alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y rescibiendo de él los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa asi:

Carta del Alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa, no ha querido Abindarraez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prision, que consiste en perdonar y hacer bien; y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estátua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas rescibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en rescibirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hicistes en serviros de mí en mi castillo: y tambien se-

ñora yo no acostumbro á robar damas, sino servir las y honrarlas.»

Y con esto les volvió á enviar las doblas: Jarifa las rescibió y dijo: quien pensare vencer á Rodrigo de Narvaez en armas y cortesía, pensará mal.

Destá manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

EPÍGRAMAS.

Cuando veo que besas
La Virgen santa
Es mi ambicion entónces
El ser peana
¡Ay si lo fuera!
Te pasabas la vida
Besa que besa.

Por verte aguanté chubascos,
Aguanté un sol tropical...
Pero más aun aguantara
Si me llego á declarar.

Al ver tus mejillas nítidas,
Tus dientes, tus lábios rojos,
El color de tus cabellos,
Digo: al fin postizo todo.

MEFISTÓFELES.

CUADRADO DE PALABRAS.

Sustituir estos puntos con números que sumados horizontal y verticalmente den por resultado 34.

La solución en el próximo número.

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR.

V I N O
I N E S
N E N A
O S A S